

**Amanecer en la calle.**

Le despertó un leve corte en la mano, sobresaltado abrió los ojos con rapidez. Siempre le asustaba despertarse tan repentinamente. Miró a su alrededor y se descubrió tendido sobre cemento, el día aún estaba oscuro y como un reguero carmesí un hilillo de sangre le recorría el brazo hasta el codo. A su alrededor, dispersos aquí y allá, filos de cristales de botellas rotas.

Respiró con fuerza, como si lo hiciera por primera vez, como si no recordara haberlo hecho nunca. El aire olía a alcohol, quizá a cerveza, y sintió como se le contraía el estómago, y a cada uno de sus músculos trabajando al unísono. Todo su cuerpo se estremeció con el duro ambiente de la mañana.

Intentó incorporarse pero sus extremidades no le respondieron y se golpeó la cabeza contra el asfalto, notando una leve descarga en el cráneo. *¿Qué demonios hago aquí? ¿Por qué no he dormido en mi casa?* Sintió su cabeza funcionar mientras ocultaba entre las manos su cara, frotándose los ojos, tratando de despejarse.

No recordaba demasiado de la noche anterior y lo que recordaba no distaba mucho de la monotonía de sus tarde-noches lo que hacía todo esto más extraño pues *¿Qué hacía entonces tirado en medio de la calle en pleno amanecer?*

Una vez más probó a incorporarse. Con más empeño en la coordinación consiguió sentarse sobre el suelo. De nuevo sentía estirarse y contraerse cada una de las partes de su cuerpo; la sangre recorriéndolo, y aún brotando por la herida abierta.

A su alrededor la destrucción campaba a sus anchas, dueña de la ciudad, infestando sus arterias principales; lunas reventadas, hojas de periódicos sensacionalistas en el fragor de la catástrofe, coches estrellados, farolas caídas y un casco roto de botella donde aún brillaba una gota rojo intenso.

*¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado?* Intentó organizar uno por uno los recuerdos de la noche anterior, pero no pudo. No por la simple acción de organizarlos, sino por algo mucho más profundo y turbador, el hecho de que habían desaparecido.

Decidió remontarse unas semanas atrás. Lo primero que recordaba era haber tenido una pequeña discusión sobre tonterías con Helena, nada importante. Llevaban años saliendo, desde que empezaron a compartir piso, sin compromisos serios, y no recordaba haber tenido una verdadera discusión con ella. Reñían, sí, pero nunca por algo que mereciera la pena recordar tras un par de horas.

En el trabajo su eficiencia seguía intacta. Había llegado una nueva programadora al equipo. Hubo que guiarla los primeros días pero pronto demostró ser más hábil que muchos. Al fin y al cabo el proyecto se llevaba a cabo entre amigos y ella era la primera ajena a ese círculo que entraba a colaborar, contratada por sus resultados en el aspecto de la realidad virtual.

Esa era su vida, a pinceladas de brocha gorda. Definitivamente recordar no le llevaba a nada. Supuso que sería mejor investigar un poco.

Sólo tras un esfuerzo sobrehumano consiguió ponerse en pie. Parecía inmerso en un sueño atroz en el que las acciones, los recuerdos y los sentimientos se arremolinaban produciendo una sonora carcajada. Todo se reía de él. Hasta sus mismas articulaciones, con un chirrido aterrador.

El paisaje no cambiaba desde su nueva perspectiva. Avanzó unos pasos, sus rodillas crujieron, quejándose por el esfuerzo, sintió rechinar los músculos de sus piernas, sus tobillos gritaron sometidos a un dolor atroz. Avanzó unos pasos más y esta vez le costó menos esfuerzo. Una ligera brizna de aire le sacudió la cara, la niebla se espesó arremolinándose a su alrededor y le resultó imposible descubrir los establecimientos destrozados en los laterales de la calle. Se acercó a ellos, a simple vista era imposible saber a qué se habían dedicado en otro tiempo.

Como una orden pronto sintió la necesidad de encontrar a alguien. Repentinamente saboreaba con acritud la soledad. Avanzó con rapidez y se sucedieron las bocacalles a derecha e izquierda. No podía correr pero el deseo le impulsaba. Dejaba a su paso gotas de sangre sobre el asfalto, que se entregaban al aire tras dibujar regueros entre sus dedos.

Rodeó otra casa, al otro lado una mano agarró su pierna, se detuvo, sin ningún tipo de sobresalto, más bien con la amplia satisfacción de no sentirse solo. Era como si lo estuviera esperando. Le sujetaba una mano pálida y huesuda, el brazo desaparecía bajo un periódico amarillento y tras unos cartones se protegía una mujer. Creía reconocerla, aunque le costó un minuto hacerlo. Era su nueva compañera, la que fuera su nueva

compañera en un mundo que ahora parecía tan lejano y tan cercano a la vez, a un simple suspiro de noche, pero en un lugar al que era imposible llegar.

Tenía la cara mojada, la mirada desamparada y su gesto deseaba decir algo. Quizá algo entre qué hacemos aquí y gracias por encontrarme a un tiempo [*← yo podría eso en cursiva*]. Él la miró, interrogante, y ella se encogió de hombros. De la boca de él brotaron irremediabilmente las palabras.

—Lo siento —habló por primera vez.

—¿Por qué?

—No sé. Quizá aún siento algo de responsabilidad por haberte contratado y... y no sé qué pasa y siento no poder ayudarte. —Ella le abrazó.

—No tienes que cuidar de mí, ¿sabes? Pero gracias, aunque sólo sea por estar aquí.

Podrían haber hablado de cientos de cosas y las palabras se habrían desecho. Quizá sin quererlo podrían haber recordado anécdotas de trabajo, pero era difícil en un lugar en que los recuerdos se diluían poco a poco de forma antinatural, en que la soledad se aferraba al cuerpo y hacía tiritar los huesos de modo que sólo el calor de otra persona podía atenuar.

Se besaron, casi sin darse cuenta al principio, con la cautela que siempre precede a la osadía. Se acercaron, con mayor decisión se entregaron contra la soledad, sin sentirse lo suficientemente unidos se desnudaron. La piel se manchó con la sangre de él, pero ellos renunciaron a interesarse por cualquier cosa que no fueran sus cuerpos.

Frente a una pared negruzca y llena de grietas se batieron con placer. Hasta rendirse abatidos contra el muro a hablar de cosas sin importancia.

—Hace frío aquí, ¿verdad? Y la calle, abandonada, te hace sentir tan solo... —dijo él.

Ella asintió levemente—. Además está el problema de la memoria, ya casi te he olvidado. Cuando te conocí, quiero decir, en otras circunstancias. [← frase incompleta]

Ella se levantó, desnuda, con la piel pálida y manchas de sangre seca en el cuerpo. Al aire, su cuerpo se dibujaba como el de una sombría bailarina en el escenario, como una muestra de pálida perfección. Sus palabras llegaron hasta él, erizando hasta el último vello de su cuerpo

—Para mí todo es perfecto aquí.

Con un dedo ella limpió la herida, que desapareció. Él sintió la llamada de un deseo irresistible y un temor irrefrenable, como si de antemano supiera lo que iba a suceder. Ella siguió hablando, moviéndose con una agilidad pasmosa, como una flor entre la destrucción.

—Éste ha sido nuestro momento, en este lugar. ¿Acaso no disfrutas, cariño? —Sus últimas palabras resonaron como una sorda bofetada—. Todo esto es mi trabajo, creí que te gustaba. Éste es mi mundo, lo hice para nosotros. Bonita sorpresa, ¿verdad? Te has quedado blanco.

Temeroso y sumiso miró sus brazos, pálidos, excepto por las manchas secas de su propia sangre, que aún inundaba el suelo. *¿Qué es esto?* El miedo le dolía, pero no pudo articular una palabra. Absorto volvió la mirada hacia ella, que sonreía y bailaba disfrutando del momento. El día había vuelto a oscurecerse. Ella era una blanca silueta en la noche, que giraba sobre un charco carmesí.

—Tranquilo, no vas a morir, si eso te preocupa. Ya moriste una vez, ahí fuera. —Señaló una cámara de seguridad en un edificio. Como si fuera un escaparate a otro lugar—. Los recuerdos, como ya te has dado cuenta, son muy frágiles aquí. —Para entregarte sumiso e ignorante, pensó, pero no lo dijo—. Te daré una satisfacción, un leve retazo de tu memoria. La noche anterior discutiste con Helena. ¿No lo recuerdas, verdad? Y llegaste al trabajo apestando a alcohol, te llevamos a casa pero caíste rodando accidentalmente por la escalera. —Se agachó junto a él y le sujetó la mano con ternura—. Sólo vives aquí, sólo eres información del ordenador de mi escritorio, pero eso... es mejor que estar muerto.

Las últimas palabras quedaron flotando en el aire. Ella le abrazó y la desnudez de sus cuerpos volvió a excitarle. No podía decir nada. No tenía nada que decir.

—Tengo que irme cariño. —Ella volvió a incorporarse—. Disfruta, todo esto es tuyo, juntos cambiaremos este mundo por otro mejor muy pronto. —Y desapareció.

Respiró profundamente, como si de nuevo lo hiciera por primera vez. El subyugo se desvaneció y pudo pensar con tranquilidad. Estaba casi seguro de haber discutido con Helena, pero había algo extraño en su muerte, y en la forma en que había llegado aquí;

sin embargo, el recuerdo de la figura blanca bailando en la noche sobre la sangre le apartó de sus pensamientos.

Recordó la cámara de seguridad; él había muerto ahí fuera, pero la puerta se había cerrado tras un artilugio de plástico, lentes y frío metal. Se quedó allí sentado, al fin y al cabo, era mejor que estar muerto.